

que alcanzó imagen adecuada del alma de sus personajes.

Son dos planos los en que vive «Oleaje», los dos pisos precisamente de la conciencia y la subconciencia, compartimentos indecisos, móviles, de ninguna manera estancos, habitaciones que se interpenetran, se continúan y hasta se iluminan con atenta reciprocidad.

Es el vaivén superficial o profundo de toda vida humana.

Belmar acusa el troquel de los grandes escritores de la frontera: la simpatía caliente por las cosas y por su destino, la sensibilidad que levanta y vivifica, el amor de hombre por la realidad, hembra fértil.

Una mujer que ha caído y un médico, que es un hombre bueno y la reconforta. Podría resumirse a Belmar, con la sencillez que a Racine. Y a exaltarlo de Andrómaca, por comprender que la riqueza vivencial y literaria no reside tanto en el contenido, sino en el recorrido...

«TRES ENSAYOS HISTÓRICOS», de Julio César Jobet.—
Ediciones del Boletín del Instituto Nacional.

Es el primer libro de una serie de tres o cuatro anuales que el Instituto Nacional piensa editar con la firma de sus profesores. Como es el Boletín quien extiende el ala protectora, el buen éxito va de barato: son quince años de madurez bajo la dirección de Ernesto Boero Lillo los que sitúan a esta revista en el primer sitio entre las que publican establecimientos docentes, y en el plano de la cultura científica y literaria en las mismas lindes de Atenea.

Los ensayos de Jobet son de generalidad, decreciente: «Los Problemas de Historia». «Panorama, de la Revolución Francesa», «Francisco A. Encina, Sociólogo e historiador». Nos interesa en especial el último, pues en los otros hay algunas revisiones de puntos de vista ya conocidos por el lector medio, y la finalidad que el autor tiene en cuenta es más bien de orden didáctico. Francisco Antonio Encina, Sociólogo e Historiador es asunto distinto, pues aparte de ser el personaje examinado de nuestra atingencia inmediata, reina en su dintorno un enjambre de apreciaciones que no siempre parecen dictadas por el examen serio, responsable. La que vienen a nuestro encuentro son por lo común de buenas personas, de gentes que «simpatizan» con don Francisco, cuando no de otras que «antipatizan» con él, y que han condenado hasta ahora la puerta por donde se hacía necesario entrara el especialista crudo, el de pasión fría: Julio César Jobet, por ejemplo, que ha demostrado uña de pensador no domesticable.

Conclusiones beligeras las de este ensayo. Podríamos distinguir tres grupos: las que se refieren a don Francisco, las que atañen a su obra y las que se enderezan al público lector (pastoreado por criterios de leve castigo, y casi nunca inocentes...).

Don Francisco es persona de ímpetus intuitivos, muy en consonancia con la receta bergsoniana. Posee también otros arrechuchos que le prestan sello de audacia innovadora, como son las de motejar a buena parte de quienes le precedieron (y de cuyo trabajo usufructúa), con epítetos nada envidiables. Y ni se piense que la galería de «tarados mentales» fina con ellos, sino remonta a más de un prohombre que de-

be resignarse a trocar en la representación histórica el coturno por el sueco.

Considerada en síntesis, la obra de nuestro historiador y sociólogo es estimable, sobre todo en el énfasis que pone en los principios determinantes de nuestra economía pobre, principios que han llegado a convertirse en lugares comunes de hasta los más flacos demagogos.

El coro de las alabanzas permite destacar voces de la idiosincrasia y profesión política reconocidas, que según el autor de los «Tres Ensayos Históricos», no son precisamente las que suelen destacarse con el adjetivo de «avanzadas»...

Jobet es un expositor y valorador seguro y enérgico. En sus páginas se adivina al varón franco, de inteligencia sagaz, nítida, insobornable.

En este momento de vacilaciones, de temperamentos tibios y confinados el más que centenario plantel de cultura no podía haber editado algo mejor que esta obra de perfiles vigorosos, obra donde no hay más que anhelo y vocación de verdad, y nada menos que aptitud y designio de verdad. Es lo que falta.

«EL CARACOL Y LA DIOSA», de Enrique Araya. Editorial «Zig-Zag».

El segundo semestre ha sido propicio para la novela. Ahí están «Un hombre por el camino», de Baltazar Castro; «Oleaje», de Daniel Delmar; «Llampo de sangre», de Oscar Castro; «Los hombres del hombre», de Eduardo Barrios; «Sucede», de Varas Morel; «La ensenada de la luna», de Alejandro Gaete, etc. Tienda aparte ha establecido el humorista Enrique Araya con «El caracol y la diosa».